

guerra y masculinidad

Tres guineas*

Virginia Woolf

Ahora que hemos tratado de ver la manera en que podemos ayudarle a impedir la guerra, intentando definir qué significa la protección a la cultura y a la libertad intelectual, consideremos su siguiente e inevitable petición: que contribuyamos a los fondos de su sociedad. Usted es tesorero honorario y, como todos los tesoreros honorarios, necesita dinero. Y, como sea que también usted pide dinero, cabe la posibilidad de pedirle, asimismo, que defina sus propósitos, la posibilidad de negociar e imponer condiciones, tal como hemos hecho en el caso de otros tesoreros honorarios. ¿Cuáles son los fines de su sociedad? Impedir la guerra, desde luego. ¿Y por qué medios? A grandes rasgos, por la protección de los derechos del individuo, la oposición a las dictaduras, por medio de garantizar el ideal democrático de igualdad de oportunidades para todos. Estos son los principales medios con los que, como usted dice, "puede asegurarse una duradera paz mundial". En este caso, señor, no hay necesidad de negociación ni regateo. Si tales son sus fines y si, cual no cabe dudar, se propone usted hacer cuanto pueda para alcanzarlos, la guinea es suya. ¡Lástima que no sea un millón! La guinea es suya; es una donación libre, libremente efectuada.

Pero la palabra "libre" se usa tan a menudo y, como las palabras muy usadas, ha llegado a significar tan poco, que quizá sea aconsejable explicar con exactitud, hasta con pedantería, lo que la palabra "libre" significa en este contexto. Significa que no se pide derecho o privilegio alguno a cambio. La donante no le pide que la admita usted en el sacerdocio de la iglesia anglicana o en la Bolsa, o en el servicio

* Estos son dos extractos del tercer y último capítulo de *Three Guineas* Harcourt Brace & Company, 1966.

diplomático. La donante no desea ser "inglesa" en los mismos términos que usted es "inglés". La donante no desea ser admitida, a cambio de la donación, en profesión alguna; no quiere honores, títulos ni medallas; no quiere cátedras; no quiere ser miembro de sociedades, comisiones ni juntas. La donación está exenta de todas esas condiciones, debido a que el único derecho de suma importancia para todo ser humano ya ha sido conquistado. No puede usted quitar a la donante el derecho a ganarse la vida. Ahora, por primera vez en la historia de Inglaterra, la hija de un hombre con educación puede dar a su hermano una guinea ganada por ella, a petición de éste, para los fines anteriormente especificados, sin pedir nada a cambio. Es una donación libre, dada sin temor, sin ánimo de halago y sin condiciones. Ésta es, señor, una ocasión tan trascendental en la historia de la civilización que parece exigir ser celebrada. Pero olvidemos ya las viejas ceremonias. El alcalde, con alguaciles y maceros, golpea con su maza nueve veces una piedra, mientras el arzobispo de Canterbury, con todas sus galas, imparte la bendición. Inventemos una nueva ceremonia para esta nueva ocasión. ¿Habrá algo más pertinente que destruir una vieja palabra, una palabra brutal y corrompida que, en su tiempo, hizo mucho daño y que ahora ha caducado ya? Se trata de la palabra "feminista". Según el diccionario, esta palabra significa "quien defiende los derechos de la mujer". Como sea que el único derecho, el derecho a ganarse la vida, ha sido ya conquistado, la palabra ha dejado de tener significado. Y una palabra sin significado es una palabra muerta, una palabra corrupta. Celebremos pues esta ocasión quemando el cadáver de esa palabra. Escribamos esta palabra en grandes letras negras sobre una hoja y, con toda solemnidad, apliquemos un cerillo al papel. ¡Cómo arde! ¡Cómo baila la luz sobre el mundo! Después, pulvericemos las cenizas en un mortero, con una pluma de ganso, y declaremos, cantando todos al unísono, que todo aquel que en el futuro la use es como esas personas que se dedican a tocar el timbre de las casas y salir corriendo, un alborotador, un individuo que escarba entre viejos huesos, con la prueba de su indignidad manifestada en la mancha de agua sucia que tiene en la cara. El humo se ha disipado; la palabra está destruida. Observe, señor, lo que ha ocurrido a resultas de nuestra ceremonia. La palabra "feminista" ha quedado destruida, el aire se ha despejado. Y en este aire claro, ¿qué vemos? Hombres y mujeres trabajando juntos por una

misma causa. También se ha dispersado la nube que cubría el pasado. ¿Para qué luchaban en el siglo xix aquellas extrañas mujeres ya muertas, con sus sombreros y sus chales? Por la misma causa por la que ahora luchamos. "Nuestro reclamo no era solamente el reclamo de los derechos de la mujer" - es Josephine Butler quien habla-, "sino que tenía un alcance más amplio y más profundo; era un reclamo de los derechos de todos -mujeres y hombres- a que, en nuestras personas, se respetaran los grandes principios de la justicia, la Igualdad y la Libertad." Son las mismas palabras de usted, señor, su mismo reclamo. Las hijas de los hombres con educación que fueron llamadas "feministas", con el consiguiente resentimiento, fueron en realidad la vanguardia de su movimiento, señor. Luchaban contra el mismo enemigo contra el que usted lucha, por las mismas razones. Luchaban contra la tiranía del estado patriarcal, de la misma manera que usted lucha contra la tiranía del estado fascista. Ahora nosotras estamos sencillamente librando la misma batalla que libraron nuestras madres y abuelas; lo prueban las palabras de ellas; y las palabras de usted lo demuestran. Pero ahora, teniendo a la vista su carta, sabemos con certeza que usted lucha juntamente con nosotras, y no contra nosotras. Este hecho es tan alentador que parece exigir otra celebración. ¿Hay quizás algo más pertinente que escribir más palabras muertas, más palabras corruptas, sobre más hojas de papel, y quemar las palabras, palabras como Tirano y Dictador, por ejemplo? Pero, por desgracia, estas palabras no han caducado todavía. Todavía ensucian las páginas de los periódicos, todavía percibimos su peculiar e inconfundible hedor en las zonas de Whitehall y de Westminster. Y, en el extranjero, el monstruo ha salido más descaradamente a la superficie. Allí no hay manera de equivocarse. Ha ampliado su área de acción. Coarta la libertad individual de ustedes los hombres, ordena cómo hay que vivir, y no sólo efectúa distinciones entre los sexos, sino también entre las razas. Ahora ustedes sienten, en su propia persona, lo que sintieron sus madres cuando se las encerraba y se les hacía callar, por ser mujeres. Ahora a ustedes se les encierra y se les hace callar porque son judíos, porque son demócratas, por su raza, por su religión. Ya no miran ustedes una fotografía, sino que también van trotando al final de la procesión. Y esto hace una diferencia. Toda la iniquidad de la dictadura, sea en Oxford o en Cambridge, en Whitehall o en Downing Street, contra los judíos o contra las mujeres, en Inglaterra o en Alemania, en Italia o en España, es ahora aparente para

ustedes. Pero ahora luchamos juntos. Las hijas y los hijos de los hombres con educación luchan lado a lado. Este hecho es tan alentador que, a pesar de que aún no podemos celebrarlo con ceremonia alguna, si esta guinea pudiera multiplicarse por un millón, este millón de guineas sería puesto al servicio de ustedes, sin más condiciones que las que usted se ha impuesto a sí mismo. Tome esta guinea, pues, y úsela para defender "los derechos de todos -hombres y mujeres- para que, en sus personas, se respeten los grandes principios de la justicia, la Igualdad y la Libertad". Ponga esa velita de un penique en la ventana de su nueva sociedad, y ojalá viva usted los años precisos para ver el día en que, en el gran fuego de nuestra común libertad, las palabras Tirano y Dictador ardan hasta quedar reducidas a cenizas, debido a que las palabras tirano y dictador habrán alcanzado ya su caducidad.

Contestada su petición de una guinea y firmado el correspondiente cheque, sólo nos queda considerar otra petición suya, que es la de rellenar un formulario y pasar a ser miembros de su sociedad. A primera vista, parece una petición sencilla, fácil de complacer. ¿Acaso hay algo más sencillo que ingresar en una sociedad a cuyos fondos se ha contribuido con una guinea? A primera vista, qué sencillo, qué fácil, pero, en el fondo, cuán difícil, cuán complicado... ¿Qué dudas, qué vacilaciones pueden expresar estos tres puntos suspensivos? ¿Qué razones o qué sentimientos pueden inducirnos a vacilar, en el momento de ingresar en una sociedad cuya finalidad merece nuestra aprobación y a cuyos fondos hemos contribuido? Quizá no se trata de una razón, ni de un sentimiento, sino de algo más profundo y fundamental. Quizá sea la diferencia. Diferentes somos, según lo han demostrado los hechos, tanto en el sexo como en la educación. Y, tal como ya hemos dicho, de esa diferencia puede provenir nuestra ayuda, si es que ayudar podemos a proteger la libertad y prevenir la guerra. Pero si firmamos este formulario, lo cual implica la promesa de convertirnos en miembros activos de su sociedad, parece que con ello perderemos la diferencia y, en consecuencia, sacrificaremos esa ayuda. Explicar por qué es así resulta un tanto difícil, a pesar de que la donación de una guinea nos ha permitido (y de ello hemos alardeado) hablar libremente, sin temores ni adulaciones. Mantengamos el formulario sin firmar, sobre la mesa, mientras estudiamos, en la medida de lo posible, las razones y los sentimientos que nos hacen dudar si debemos firmar o no. Estas razones y estos sentimientos tienen su origen profundo en

las tinieblas del recuerdo ancestral; se han desarrollado mezclados, en cierta confusión; y es muy difícil separarlos, a la luz.

Empecemos con una distinción elemental: una sociedad es un conjunto de individuos unidos para alcanzar ciertos fines, en tanto que usted, que escribe personalmente, con su propia mano, es un individuo. Usted, el individuo, es un hombre a quien respetamos, con buenas razones; un hombre que pertenece a la hermandad, cual la biografía demuestra, a que muchos hermanos han pertenecido. Así Anne Clough, al hablar de su hermano, dice: "Arthur es mi mejor amigo y consejero... Arthur es el apoyo y la alegría de mi vida; es por él, y gracias a él, por lo que me siento impelida a buscar cuanto hay de bello y bueno". A lo cual William Wordsworth, hablando de su hermana, pero, en realidad, contestando a Anne Clough, cual un ruiseñor contesta a otro en los bosques del pasado, responde:

The Blessing of my later years
 Was with me when a Boy:
 She gave me eyes, she gave me ears; And
 humble cares, and delicate fears; A heart,
 the fountain of sweet tears; And love, and
 thought, and joy.'

Tal era, y acaso sea todavía, la relación entre muchos hermanos y hermanas en privado, como individuos. Se respetan entre sí, se ayudan y tienen fines comunes. ¿Por qué, entonces, si tal puede ser la relación privada, como la biografía y la poesía demuestran, la relación pública ha de ser tan diferente? Y, teniendo en cuenta que usted es abogado, y con memoria de abogado, no es preciso recordarle ciertas normas legales inglesas, desde remotos tiempos hasta el año 1919, para demostrarle que la relación pública, la relación social, entre hermano y hermana ha sido muy diferente de la relación privada. Sólo la palabra "sociedad" basta para hacer doblar en la memoria campanas de siniestro sonido: prohibido, prohibido, prohibido. Prohibido estudiar, prohibido ganar dinero, prohibido tener propiedades, prohibido... Ésta era la relación social entre hermano y hermana, y así fue durante muchos siglos. Y aun cuando es posible, y para los optimistas probable, que al paso del tiempo una nueva sociedad haga sonar un carrillón de espléndida armonía, y ello su carta lo pregona, este día se encuentra muy distante. Inevitablemente nos preguntamos, ¿no será que en la unión de individuos en sociedades hay algo que

hace salir a la superficie lo más egoísta y violento, lo menos racional y menos humano que hay en los individuos? Inevitablemente consideramos a las sociedades, tan amables para con ustedes y tan duras para con nosotras, como una horma mal ajustada que violenta la verdad, deforma la mente, debilita la voluntad. Inevitablemente miramos a las sociedades como conspiraciones para anular al hermano privado, al que muchas de nosotras tenemos buenas razones para respetar, y hacer aparecer en su lugar a un macho hinchado y monstruoso, de voz recia y puño duro, infantilmente ocupado en trazar rayas de tiza en el suelo, como místicos límites en los que encerrar, como en corral, a los seres humanos, rígidamente, separadamente, artificialmente; conspiraciones en las que, ataviado de rojo y oro, adornado con plumas como un salvaje, cumple místicos ritos y goza de los dudosos placeres del poder y del dominio, mientras nosotras, "sus" mujeres, quedamos encerradas en la casa privada, sin participar en las muchas sociedades de que su sociedad está formada. Por tales razones, a pesar de que en ellas se mezclan muchos recuerdos y muchos sentimientos -¿quién puede analizar la complejidad de un recuerdo con tan profundo depósito de tiempo en él?, nos parece no sólo racionalmente erróneo, sino también emotivamente imposible, rellenar su formulario e ingresar en su sociedad. Porque al hacerlo, fundiríamos nuestra identidad en la suya; seguiríamos y repetiríamos y grabaríamos aún más los viejos surcos gastados en que la sociedad, como la aguja del gramófono en el disco rayado, repite con intolerable unanimidad: "Trescientos millones gastados en armas". No podríamos expresar la opinión que nuestra experiencia de lo que es "sociedad" nos ha ayudado a formular. En consecuencia, señor, le respetamos mucho en cuanto a persona individual, lo cual demostramos dándole una guinea para que la gaste como quiera, pero creemos que podemos ayudarle con mayor eficacia por el medio de negarnos a ingresar en su sociedad, por el medio de trabajar en pro de nuestros fines comunes -justicia, igualdad y libertad para todos los hombres y mujeres- fuera de su sociedad, y no dentro.

Pero esto, dirá usted, sólo puede significar que ustedes, las hijas de los hombres con educación, que nos han prometido ayuda positiva, se niegan a ingresar en nuestra sociedad, a fin de poder formar otra sociedad, integrada por ustedes. ¿Y qué clase de sociedad se proponen fundar, fuera de la nuestra, pero en colaboración con ésta,

a fin de que ambas trabajen en pro de las finalidades comunes? Ésta es una pregunta que tiene usted pleno derecho a formular y que nosotras debemos esforzarnos en contestar, a fin de justificar nuestra negativa a firmar el formulario que nos ha enviado. Tracemos, pues, rápidamente el esbozo de la sociedad que las hijas de los hombres con educación podrían fundar y a la que podrían adherirse, fuera del ámbito de su sociedad, señor, pero colaborando con ésta, para alcanzar los fines comunes. En primer lugar, y se sentirá usted aliviado al saberlo, esta nueva sociedad no tendrá tesorería honoraria, debido a que no necesitará fondos. No tendrá sede, comité ni secretaría; no convocará juntas; y no efectuará conferencias. Si es preciso que tenga un nombre, se llamará "Sociedad de las *Outsiders*"*. No es un nombre grandilocuente, pero tiene la ventaja de adecuarse a la realidad, a la realidad de la historia, las leyes, la biografía y quizás incluso a la realidad todavía oculta de nuestra todavía desconocida psicología. Estará integrada por hijas de hombres con educación, dedicadas a trabajar dentro de su propia clase -¿es que pueden trabajar en otra?³ y de acuerdo con sus propios métodos, en pro de la libertad, la igualdad y la paz. El primer deber que se obligarían a cumplir, y no mediante juramento, debido a que los juramentos y las ceremonias son incongruentes con una sociedad que habrá de ser elástica y sin nombre, será el deber de no luchar con armas. Será, para ellas, un deber fácil, ya que los periódicos nos dicen: "El Ejército no tiene intención de abrir oficinas de reclutamiento de mujeres para formar unidades femeninas". La patria nos facilita el cumplimiento de este deber. Después, se negarán, en caso de guerra, a trabajar en fábricas de municiones y a cuidar a los heridos. Como sea que, en la última guerra, ambas actividades fueron desempeñadas principalmente por hijas de obreros, la presión que se ejercerá sobre las hijas de hombres con educación será leve, aunque probablemente desagradable. Por otra parte, el siguiente deber a que deben comprometerse es considerablemente arduo, y no sólo exige valentía e iniciativa, sino también especiales conocimientos por parte de la hija del hombre con educación. Dicho brevemente, se trata de no incitar a sus hermanos a lu

* *Outsiders* ha sido traducido como "extrañas" en la edición española y como "las de afuera" en la Argentina. Preferimos dejar el original en inglés. N. de la E.

char, ni tampoco disuadirles, sino de adoptar una actitud de total indiferencia. Pero la actitud que se expresa mediante la palabra "indiferencia" es tan compleja y de tal importancia que es preciso, incluso aquí, darle definición. En primer lugar, la indiferencia debe basarse firmemente en un hecho real. Como sea que es una realidad que la hija del hombre con educación no puede comprender qué instinto induce al hombre a luchar, qué gloria, qué interés, qué viril satisfacción le reporta la lucha -"sin la guerra no habría cauce en el que verter las viriles cualidades que desarrolla el combate"-, resulta que combatir constituye una característica del sexo que la mujer no puede comprender, y algunos dicen que es la contrapartida del instinto maternal, que el hombre tampoco puede compartir, por lo que la mujer no puede juzgarlo. Por lo tanto, la *outsider* debe dejar al hombre que se enfrente solo con su instinto de lucha, debido a que hay que respetar la libertad de opinión, especialmente cuando se basa en un instinto tan ajeno a la mujer, como lo hacen siglos de tradición y educación seculares.' Ésta es una distinción fundamental e instintiva sobre la que puede basarse la indiferencia. Pero la *outsider* se comprometerá a basar su indiferencia, no sólo en el instinto, sino también en la razón. Cuando el hombre dice, cual la historia demuestra que ha dicho, y como quizá vuelva a decir, "luchó para defender a la patria", buscando con ello suscitar las emociones patrióticas de la mujer, ésta se preguntará: "¿Qué significa para mí *la patria*, siendo como soy una extraña?". Para contestar esta pregunta, analizará el significado que el patriotismo tiene en su caso. Se informará de la posición ocupada por sus compañeras de sexo y de clase en el pasado. Se informará de la cuantía de tierras, riquezas y propiedades en posesión de sus compañeras de sexo y clase en el presente, qué cantidad de "Inglaterra" pertenece a las mujeres. Bebiendo en las mismas fuentes, se informará de la protección jurídica que las leyes le han dado en el pasado y le dan en el presente. Y si el hombre añade que lucha para proteger el cuerpo de la mujer, ésta reflexionará acerca del grado de protección física de que ahora goza, en estos momentos en que las palabras "Precaución contra ataques aéreos" están escritas en las paredes. Y si el hombre dice que lucha para proteger a Inglaterra de la dominación extranjera, la mujer reflexionará y se dirá que, para ella, no hay "extranjeros", puesto que, por mandato de la ley, se convierte en extranjera si se casa con un extranjero. Y la *outsider* hará todo lo posible para

reconocer lo anterior, no mediante una obligada fraternidad, sino mediante humana simpatía. Todos los hechos anteriores la llevarán al racional convencimiento (para decirlo resumidamente) de que las de su sexo y clase muy poco tienen que agradecer a Inglaterra, en lo tocante al pasado; no mucho en lo referente al presente; y que la seguridad de su persona, en el futuro, es muy dudosa. Pero es posible que, incluso gracias a su institutriz, haya adoptado la romántica idea, de que los ingleses, esos padres y abuelos a los que ve desfilando en el cuadro de la historia, son "superiores" a los hombres de otros países. En este caso, se considerará obligada a verificar tal idea por el medio de comparar lo que dicen los historiadores franceses con lo que dicen los ingleses; lo que dicen los alemanes con lo que dicen los franceses; el testimonio de los gobernados -los indios y los irlandeses, por ejemplo- con las afirmaciones de sus gobernantes. Pero puede muy bien ocurrir que aún le quede cierta arraigada creencia en la superioridad intelectual de su país con respecto a los restantes países. En este caso, comparará la pintura inglesa con la francesa; la música inglesa con la alemana; la literatura inglesa con la griega, de la que abundan las traducciones. Cuando haya efectuado fielmente todas esas comparaciones, utilizando al efecto la razón, la extraña se encontrará en posesión de muy buenas razones para ser indiferente. Verá que no tiene razón válida alguna para pedir a su hermano que, en su nombre, proteja "nuestra" patria. La *outsider* dirá: "Durante la mayor parte de su historia, "nuestra" patria me ha tratado como a una esclava, me ha negado la educación y toda participación en todas sus posesiones. 'Nuestra' patria sigue dejando de ser mía cuando contraigo matrimonio con un extranjero. 'Nuestra' patria me niega los medios de protegerme a mí misma, me obliga a pagar anualmente muy cuantiosas sumas para que otros me protejan y está tan poco capacitada para protegerme, a pesar de lo anterior, que en las paredes leo 'Precauciones contra ataques aéreos'. En consecuencia, si tú insistes en combatir para protegerme, o en proteger a nuestra patria, quede claramente establecido y aceptado por ambas partes, fría y racionalmente, que luchas para satisfacer un instinto sexual en el que yo no puedo participar, para conseguir unos beneficios que no he compartido y probablemente no compartiré, pero que no luchas para satisfacer mis instintos, ni para protegerme o proteger a mi patria". Y la *outsider* proseguirá: "Y así es por cuanto, como mujer, no tengo

patria. Como mujer, no quiero patria. Como mujer mi patria es el mundo entero". Y si, después de haber dejado hablar a la razón, queda aún cierto obstinado sentimiento, cierto amor a Inglaterra suscitado en los oídos infantiles por el graznido de las cornejas posadas en el olmo, por el murmullo de las olas en la playa, por voces inglesas murmurando canciones de cuna, la *outsider* utilizará esa gota de pura, aunque irracional, emoción para dar primero a Inglaterra cuanto desea de paz y libertad para el mundo entero.

Tal será, pues, la naturaleza de su "indiferencia", y de dicha indiferencia se seguirán ciertas acciones. Se obligará a no participar en manifestaciones patrióticas, a no dar su aprobación a forma alguna de alabanzas nacionales, a no formar parte de grupo alguno que aliente la guerra, a no asistir a despliegues militares, ni a competiciones, entregas de galardones, ni otras ceremonias encaminadas a estimular el deseo de imponer "nuestra" civilización o "nuestro" dominio sobre otros pueblos. Además, la psicología de la vida privada nos hace comprender que este empleo de la indiferencia, efectuado por las hijas de los hombres con educación, contribuiría positivamente a evitar la guerra. La psicología indica que los seres humanos hallan mucho más difícil actuar cuando sus semejantes se muestran indiferentes y les dan plena libertad de acción, que cuando sus actos son el centro de excitadas emociones. El niño de corta edad alborota fuera, junto a la ventana: implóresele que cese, sigue; nada se le diga, para. Que las hijas de los hombres con educación no den a sus hermanos la pluma blanca de la cobardía, ni la pluma roja del valor, sino que no les den pluma alguna; que cierren los ojos brillantes que emanan influencia, o que dejen que estos ojos miren a otro lado, cuando se hable de guerra. Este es el deber que las *outsiders* aprenderán a cumplir en la paz, antes de que la amenaza de guerra inevitablemente anule la razón.

Tales son algunas de las medidas mediante las cuales la anónima y secreta Sociedad de las *Outsiders* le ayudará a usted, señor, a impedir la guerra y a garantizar la libertad. Sea cual fuere el valor que les atribuya, deberá reconocer que se trata de unas tareas que los individuos de su sexo tendrían mayores dificultades que los del nuestro en cumplir; y que, además, son tareas especialmente adecuadas a las hijas de los hombres con educación. Sí, ya que necesitan cierto conocimiento de la psicología del hombre con educación, y la mentalidad

del hombre con educación tiene una formación superior a la del trabajador, del mismo modo que las palabras de aquél son más sutiles que las de éste.' Desde luego, hay otros deberes, muchos de los cuales han sido ya delineados en las cartas para tesoreros honorarios. Pero, aceptando el riesgo de la reiteración, séanos permitido expresarlos a grandes rasgos y rápidamente, a fin de que formen la base sobre la que fundar una Sociedad de *Outsiders*. En primer lugar, éstas se comprometerán a ganarse la vida. La importancia de esto, en cuanto a medio para impedir la guerra, es evidente; ya hemos hecho hincapié en la superioridad del peso de una opinión basada en la independencia económica sobre la opinión basada en la total carencia de ingresos, o basada en un derecho espiritual a dichos ingresos, por lo que no hace falta dar nuevas pruebas. De ahí se sigue que la *outsider* deberá insistir en que todas las profesiones abiertas a sus hermanas estén pagadas de modo suficiente para vivir; además, debe crear nuevas profesiones en las que puedan ganarse el derecho a una opinión independiente. En consecuencia, deberá insistir en que se remunere con dinero a la trabajadora no pagada, de su propia clase, es decir a esas hijas y hermanas de los hombres con educación que, tal como las biografías nos han dicho, son pagadas en especie, con la pensión completa (albergue y alimentos), más una propina de cuarenta libras al año. Pero, sobre todo, deberá insistir en que el estado pague, por mandato de la ley, un salario a las madres de los hombres con educación. La importancia de esto último, en nuestra lucha en común, es inconmensurable, debido a que constituye la forma más eficaz para garantizar que la amplia y muy honorable clase formada por las mujeres casadas tenga una opinión y una voluntad propias, con las que, en el caso de que la opinión y la voluntad del marido merezcan la aprobación de la esposa, apoyar al marido, y si a juicio de la mujer son perniciosas, se resista a él, de modo que, en todo caso, la esposa deje de ser "su mujer" y sea dueña de sí misma. Estará usted de acuerdo conmigo, señor, y lo digo sin ánimo de calificar en modo alguno a la señora que lleva su apellido, en que, si los ingresos de usted dependieran de ella, esto produciría sutiles y poco deseables cambios en la psicología de usted. Dejando aparte lo anterior, esta medida es de tan directa importancia para ustedes, en su lucha por la libertad, la igualdad y la paz, que si alguna condición debiera poner en la entrega de la guinea, sería ésta: que consiguiera usted que el

estado pagara sueldo a aquellas mujeres cuya profesión es el matrimonio y la maternidad. Considere, aunque quizá constituya una digresión, los efectos que esto produciría en el índice de natalidad, precisamente en la clase en que este índice está descendiendo, precisamente en la clase en que los nacimientos son de desear, la clase educada. De la misma forma que el aumento de la paga del soldado ha acrecentado, según dicen los periódicos, el número de los que se incorporan a las fuerzas armadas, el mismo incentivo aumentaría el número de las que se alistarían a las fuerzas dedicadas a traer hijos al mundo, fuerzas que difícilmente podemos negar que sean tan necesarias y tan honorables como las primeras, pero que, debido a su pobreza y a las inherentes penalidades, actualmente atraen pocas reclutas. Este método podría tener el éxito que el actual -el insulto y el ridículo- no tiene. Pero, y quizá con ello corramos el riesgo de una mayor digresión, el aspecto que la *outsider* procuraría principalmente hacerle comprender es un aspecto que afecta decisivamente a su propia vida, en cuanto hombre con educación, y afecta asimismo el honor de su profesión. Si su mujer cobrara por su trabajo, el trabajo de dar a luz y educar a sus hijos, y cobrara un verdadero sueldo, un sueldo en dinero, de modo que este trabajo se convirtiera en una verdadera profesión, en vez de ser, cual es ahora, una profesión gratuita, una profesión sin pensión, una profesión precaria y sin honor, la servidumbre de usted, señor, quedaría atenuada.' No necesitaría ya ir a la oficina a las nueve y media y quedarse en ella hasta las seis. El trabajo quedaría equitativamente distribuido. Se podría mandar pacientes a quienes no los tienen. Asuntos, a quienes carecen de ellos. Cabría la posibilidad de que buen número de artículos dejaran de escribirse. Así se estimularía la cultura. Podría usted ver cómo los árboles florecen en primavera. Podría compartir los mejores años de su vida con sus hijos. Y, pasados estos años, no habría necesidad de que le apartaran a usted de la máquina y le arrojaran al montón de los desechos, sin propia vida, sin intereses, meramente sobreviviendo para pasearse por los alrededores de Bath o de Cheltenham, al cuidado de una desdichada esclava. Dejaría de ser el visitante del sábado, la carga sobre el pescuezo de la sociedad, el mendigo de comprensión y simpatía, el esclavo sin fuerzas ya para trabajar; o, como dice Herr Hitler, el héroe que necesita recreo, o, como dice el Signor Mussolini, el guerrero herido que necesita mujeres que le ven

den las heridas. Si el estado pagara a su esposa un sueldo suficiente para vivir de su trabajo que, pese a ser sagrado, difícilmente puede considerarse más sagrado que el del eclesiástico, por lo que, si el trabajo de éste es pagado sin rechistar, también podría serlo el de ella, si este paso, que todavía es más esencial para su libertad de usted, señor, que para la de ella, realmente se diera, la vieja noria alrededor de la cual el hombre con una profesión da vueltas y vueltas, a menudo tan fatigosamente, a menudo con tan poco placer o con tan poco provecho para su profesión, quedaría destruida; tendría opción a la libertad; terminaría la más degradante de las servidumbres, que es la servidumbre intelectual; el hombre a medias se transformaría en un hombre entero. Pero, como es preciso gastar unos trescientos millones en armas, los gastos a que antes me he referido son, dicho sea mediante una cómoda palabra que los políticos nos suministran, "impracticables", por lo que ha llegado el momento de abordar proyectos más factibles.

Las *outsiders* se obligarían, no sólo a ganarse la vida, sino a ganársela de tan experta manera que su negativa a seguir haciéndolo fuera motivo de preocupación para el beneficiario de su trabajo. Las *outsiders* se obligarían a adquirir un conocimiento total de las profesiones y a denunciar en todos los casos las prácticas imperantes de abuso o tiranía en sus profesiones. Se comprometerían tan pronto hubieran ganado lo suficiente para vivir, a no seguir ganando dinero en profesión alguna y a abandonar toda competencia, a fin de practicar su profesión con carácter experimental, en tareas de investigación, por amor al trabajo en sí mismo. Asimismo, se comprometerían a no ejercer profesión alguna contraria a la libertad, tal como la profesión de fabricar o mejorar cuestiones bélicas. Y se comprometerían a rechazar cargo u honor alguno ofrecido por cualquier institución que, profesando el respeto a la libertad, en realidad la limite, cual hacen las universidades de Oxford y de Cambridge. Y se considerarían obligadas a investigar las actividades de todas las instituciones públicas, como la iglesia y las universidades, a cuyos fondos contribuyen en concepto de contribuyentes de impuestos estatales, con la misma minuciosidad y la misma tranquilidad con que examinarían las actividades de las sociedades privadas a las que voluntariamente contribuyeran. Se ocuparían de escrutar las donaciones de las escuelas y universidades y las finalidades a que dichas donaciones se dedican.

Lo harían con respecto a la profesión docente, y asimismo con la profesión religiosa. Por el medio de leer el Nuevo Testamento, en primer lugar, y, luego, a los teólogos e historiadores cuyas obras son fácilmente accesibles a las hijas de los hombres con educación, procurarían adquirir ciertos conocimientos de la religión cristiana y su historia. Además, se informarían de todo lo tocante a la práctica de esa religión, por el medio de asistir a los servicios de la iglesia, de analizar el valor espiritual e intelectual de los sermones; de efectuar la crítica de las opiniones de los hombres cuya profesión es la religión, y hacerlo con tanta libertad como lo harían con las opiniones de los hombres pertenecientes a cualquier otra institución. De esta manera, sus actividades serían creativas, y no solamente críticas. Al criticar la educación, contribuirían a crear una sociedad civilizada que protegiera la cultura y la libertad intelectual. Al criticar la religión, intentarían liberar el espíritu religioso de su presente servidumbre y contribuirían, si fuera necesario, a crear una nueva religión que bien podría basarse en el Nuevo Testamento, pero que bien podría ser muy diferente a la construida sobre esta misma base. En todo lo dicho, y en mucho más que no tenemos tiempo de detallar, reconocerá usted, señor, que serían ayudadas por su posición de *outsiders*, por esa desvinculación de las lealtades irreales, esa liberación de los motivos interesados que actualmente el estado les permite.

Sería fácil definir en mayor número y con más exactitud los deberes de quienes pertenecen a la Sociedad de las *Outsiders*, pero no es provechoso. La elasticidad es esencial; y cierta medida de secreto, tal como se verá más adelante, es, en la actualidad, más esencial aún. Pero la descripción dada aquí de manera imperfecta y un tanto al desgaire, es suficiente para que vea, señor, que la Sociedad de las *Outsiders* tiene las mismas finalidades que su sociedad, o sea, igualdad, libertad y paz. Pero esta sociedad pretende alcanzar dichos fines por los medios que un sexo diferente, unas diferentes tradiciones, diferente educación y valores diferentes han puesto a nuestra disposición. Hablando en términos generales, la principal distinción entre nosotras, entre las que por estar fuera de la sociedad somos *outsiders* y los que, por estar dentro de ella, son naturales, entre las que estamos fuera y los que están dentro, será que, mientras ustedes harán uso de los medios procurados por su posición -coaliciones, simposios, campañas, grandes nombres y todas aquellas medidas públicas que

su riqueza e influencia política ponen al alcance de sus manos-, nosotras, que seguiremos siendo *outsiders* haremos experimentos. Pero no con los medios públicos en público, sino con medios privados en privado. Estos experimentos no serán meramente críticos, sino creativos. Tomemos dos ejemplos obvios. Las *outsiders* prescindirán de las exhibiciones, y no por puritano desagrado hacia la belleza. Al contrario, una de sus finalidades será aumentar la belleza privada; la belleza de la primavera, el verano y el otoño; la belleza de las flores, las sedas, las ropas; la belleza que rebosa, no sólo de todos los campos y de todos los bosques, sino también de todo tenderete en Oxford Street; esa desperdigada belleza que tan sólo necesita que los artistas la combinen para que todos la puedan ver. Pero las *outsiders* prescindirán de las exhibiciones dictadas, reglamentadas y oficiales, en las que sólo los miembros de un sexo toman parte; esas exhibiciones, por ejemplo, condicionadas por la muerte de los reyes, o por su coronación, fuentes de su inspiración. Prescindirán, además, de las distinciones personales, medallas, cintas, cruces, birretes y togas, y no por aversión al adorno personal, sino por el evidente efecto restrictivo de tales distinciones, por su propensión a estereotipar y a destruir. En este punto, como pasa tan a menudo, tenemos al alcance de la mano el ejemplo de los países fascistas para ilustrarnos, ya que, si bien no tenemos ejemplo para ilustrar lo que deseamos, sí tenemos algo que quizá sea igualmente valioso, que es el cotidiano e iluminador ejemplo de lo que no deseamos ser. Con el ejemplo que nos dan del poderío de las medallas, de los símbolos y de las órdenes de mérito, e incluso, parece, de los tinteros adornados,' todo ello dirigido a hipnotizar a la mente humana, nuestro deber ha de consistir en negarnos a someternos a ese hipnotismo. Debemos apagar el burdo resplandor del anuncio y de la publicidad, y no sólo debido a que los focos pueden estar en manos ineptas, sino debido, también, al efecto psicológico que esa iluminación produce en quienes la reciben. La próxima vez que usted vaya en automóvil por un camino en el campo, piense en la actitud del conejo encandilado por la luz de sus faros, con sus ojos vidriados, rígidas las patas. ¿Acaso no hay buenas razones para creer, sin necesidad de salir de nuestro país, que las "actitudes", las falsas e irreales posiciones adoptadas por el ser humano, tanto en Inglaterra como en Alemania, se deben a los faros que paralizan la libre actuación de las facultades humanas e inhiben

la humana capacidad de cambiar y de crear nuevas entidades completas, de la misma manera que los potentes faros del automóvil paralizan a los menudos seres que caen de la oscuridad a su luz? Esto es adivinar, adivinar es peligroso; sin embargo, tenemos razones que nos guían para adivinar que la fluidez y la libertad, el poder de cambiar y el poder de crecer, solamente pueden ser conservados en la oscuridad; y que si deseamos contribuir a que la mente humana cree, y, al mismo tiempo, evitar que vuelva a incidir repetidamente en el mismo surco, debemos hacer cuanto esté en nuestra mano para envolverla en la oscuridad.

Pero basta de adivinaciones. Volvamos a los hechos. Usted, señor, probablemente preguntará: ¿Qué posibilidades hay de que una Sociedad de *Outsiders*, sin oficina, sin juntas, sin directrices, sin jerarquía, sin siquiera un formulario que rellenar ni una secretaria a la que pagar, pueda existir, por no hablar ya de sus posibilidades de funcionamiento, en vistas a cualquier fin? Realmente, hubiera sido perder el tiempo escribir incluso una tan vaga definición de la Sociedad de las *Outsiders*, si se hubiera tratado de una simple burbuja formada por palabras, una disimulada glorificación de un sexo o de una clase, como sirven tantas expresiones para dar expansión a las emociones del autor, de atribuir a alguien las culpas y después estallar en el aire. Afortunadamente hay un modelo existente, un modelo en el que se ha basado el esbozo anterior, aunque, cierto es, se ha basado furtivamente, debido a que el modelo varía y se desvanece, y nunca se está quieto para que lo pinten. Este modelo, demostración de que tal realidad existe, tanto si tiene nombre como si no lo tiene, y de que esta realidad funciona, no queda patente en la historia o la biografía, debido a que las *outsiders* sólo han tenido existencia positiva durante los últimos veinte años, es decir, desde que las profesiones fueron abiertas a las hijas de los hombres con educación. Las pruebas de su existencia se encuentran en lo que bien pudiéramos llamar la historia y la biografía en crudo, a saber, en los periódicos, a veces abiertamente en sus líneas y otras veces encubiertamente, entre líneas. Ahí, cualquiera que quiera verificar la existencia de esta sociedad encontrará innumerables pruebas. Muchas de ellas, cierto, son de dudoso valor. Por ejemplo, el hecho consistente en que una enorme cantidad de trabajo sea efectuado por hijas de hombres con educación, sin que sean remuneradas o siéndolo en muy escasa medida, no debe considerarse como una prueba de que estén efectuando experimentos, por propia

y libre voluntad, sobre el valor de la pobreza. Y el hecho de que muchas hijas de hombres con educación "no comen cuanto debieran"¹⁰ no debe considerarse demostración de que están haciendo experimentos sobre el valor físico de ir mal alimentadas. Y tampoco el hecho de que una proporción muy reducida de mujeres, en comparación con los hombres, acepta honores debe ser esgrimido como demostración de que están llevando a cabo experimentos sobre la virtud del anonimato. Muchos de estos experimentos son experimentos forzosos y, en consecuencia, carecen de valor positivo. Pero hay otros, mucho más positivos, que cotidianamente salen a la superficie en la prensa. Examinemos solamente tres, a fin de demostrar que la Sociedad de las *Outsiders* realmente existe. El primero es notablemente claro.

En ocasión de pronunciar un discurso en un festival de beneficencia, la semana pasada, en la Iglesia Baptista Común de Plumstead, la alcaldesa [de Woolwich] dijo: "Yo, personalmente, ni siquiera zurciría un calcetín para contribuir a la guerra". Este comentario suscitó reacciones de rechazo en la mayoría del público de Woolwich, que consideró que la alcaldesa careció, por lo menos, de tacto. Unos doce mil electores de Woolwich trabajan en el Arsenal de Woolwich, en la fabricación de armamento.¹¹

No es preciso comentar la falta de tacto consistente en hacer tal declaración en público y en las mentadas circunstancias, pero la valentía de hacerlo difícilmente podrá dejar de suscitar nuestra admiración; y el valor del experimento, desde un punto de vista práctico, si otras alcaldesas de otras ciudades y de otros países, con electores empleados en la fabricación de armamento, siguieran su ejemplo, sería inconmensurable. De todas maneras, debemos reconocer que la alcaldesa de Woolwich, señora Kathleen Rance, ha hecho un valiente y eficaz experimento en prevenir la guerra por el medio de no zurcir calcetines. Para una segunda demostración de que las *outsiders* trabajan en lo suyo, tomemos otro ejemplo de un diario, ejemplo que no es tan evidente, pero que no podemos negar se trata del experimento de una *outsider*, experimento hartamente original, y que puede ser de gran valor para la causa de la paz.

En ocasión de hablar de las grandes asociaciones para jugar ciertos juegos, la señorita Clarke [señorita E. R. Clarke, de la Comisión de Educación] se refirió a las asociaciones femeninas para jugar al hockey, a lacrosse, a netball y al cricket; y señaló que, de acuerdo con los actuales reglamentos, no se podía otorgar copa o premio alguno a esa clase de equipos, cuando resultaran vencedores. Las *attracts* en estos partidos, quizá sean algo más pequeñas que las

entradas de los hombres, pero las jugadoras juegan por amor al juego, y con esta actitud parecen demostrar que las copas y los premios no son precisos para estimular el interés por el deporte, ya que todos los años el número de jugadoras se incrementa.¹²

Estará usted de acuerdo en que se trata de un experimento extremadamente interesante, un experimento que puede conllevar un cambio psicológico de gran valor en la naturaleza humana, y un cambio que puede ser de verdadera ayuda en lo referente a impedir la guerra. Su interés aumenta si tenemos en consideración que es un experimento que las *outsiders*, debido a su relativa libertad con respecto a ciertas inhibiciones y ciertos convencimientos, pueden llevar a cabo más fácilmente que quienes se encuentran inevitablemente sometidos a esas influencias interiores. Las anteriores palabras quedan confirmadas por la siguiente cita:

En los círculos oficiales del futbolismo de aquí [Wellingborough, Northants] se observa con preocupación la creciente popularidad del fútbol femenino. Anoche se celebró una reunión secreta de la comisión consultiva de la Northants

Football Association para estudiar la posibilidad de que se celebre un partido de fútbol femenino en el campo de Peterborough. Los miembros de la comisión se muestran reticentes... Sin embargo, uno de ellos ha dicho hoy: "La Northants Football Association debe prohibir el fútbol femenino. Esta popularidad del fútbol entre mujeres se ha producido en un momento en que muchos clubs masculinos del país se encuentran en precario estado por falta del debido apoyo. Otra faceta a tener en cuenta es la posibilidad de que las jugadoras sufran lesiones graves".¹³

Aquí tenemos una prueba positiva de esas inhibiciones y convencimientos que son la causa de que los invitados de su sexo, señor, tengan más dificultades que nosotras en efectuar libremente experimentos encaminados a modificar los actuales valores. Y, sin perder el tiempo en las sutilezas del análisis psicológico, una sola ojeada a las razones alegadas por esta asociación para fundamentar su decisión arrojará luz sobre las razones que inducen a otras y todavía más importantes asociaciones a alcanzar determinadas decisiones. Pero volvamos a los experimentos de las *outsiders*. A modo de tercer ejemplo, escojamos uno al que bien podemos denominar experimento en pasividad.

Anoche, el canónigo F. R. Barry, vicario de St. Mary the Virgin [la iglesia de la universidad], de Oxford, comentó un notable cambio observado en la actitud de las jóvenes con respecto a la iglesia. El vicario dijo que la tarea con que la iglesia se enfrenta es nada menos que la de transformar en moral la civilización, y esta tarea exige la colaboración de todos los cristianos en la mayor

medida posible. Sencillamente, no puede ser llevada a cabo sólo por los hombres. Durante un siglo o quizá dos, las mujeres han predominado entre los feligreses, en una proporción aproximada del setenta y cinco por ciento. La situación, globalmente considerada, está experimentando un cambio en la actualidad, y un observador atento advertirá que, en casi todas las iglesias de Inglaterra, las mujeres jóvenes escasean... Entre la población estudiantil, las mujeres jóvenes, en términos generales, están mucho más alejadas de la iglesia anglicana y de la fe cristiana que los hombres jóvenes. 14

Este es también un experimento de gran interés. Tal como hemos dicho antes, es un experimento de pasividad. El primer experimento era una clara negativa a zurrir calcetines, con el fin de evitar la guerra, el segundo constituía un intento de averiguar si las copas y los trofeos son necesarios para estimular el interés en los juegos, pero el tercero representa un intento de descubrir qué ocurrirá si las hijas de los hombres con educación se alejan de la iglesia. Este último experimento, en sí mismo, no es más valioso que los anteriores, pero tiene un mayor interés práctico por cuanto, evidentemente, se trata de un tipo de experimento que gran número de *outsiders* pueden efectuar, con muy pocas dificultades o riesgos. Estar ausente es mucho más fácil que pronunciar discursos en un festival o que redactar reglas originales para practicar juegos. En consecuencia, vale la pena efectuar un examen muy cuidadoso, a fin de ver qué efectos, si es que los ha tenido, ha producido el experimento de la ausencia. Los resultados son positivos y alentadores. No cabe la menor duda de que la iglesia está preocupada por la actitud que en las universidades adoptan para con ella las hijas de los hombres con educación. Para demostrarlo, ahí tenemos el informe de la Comisión de Arzobispos sobre el Ministerio de las Mujeres. Este documento, que sólo cuesta un chelín y que debiera estar en posesión de todas las hijas de hombres con educación, señala que "una destacada diferencia que media entre los colegios universitarios de hombres y los de mujeres consiste en que, en estos últimos, no hay capellán". Observa: "Es natural que en este periodo de su vida, las estudiantes ejerzan en toda su potencia las facultades críticas". Deplora que "son muy pocas las mujeres que, habiendo acudido a la universidad, puedan ofrecer un continuo servicio voluntario, en el campo social, o, directamente, en tareas de orden religioso". Y concluye que "hay muchas esferas especiales en las que estos servicios se necesitan de modo particular y ha llegado el momento en que debemos determinar con más claridad las funciones y la posición de las mujeres en el seno de la iglesia". " Si

esta preocupación se debe a las iglesias vacías de Oxford, o si las voces de las "colegialas mayores" de Isleworth al expresar su "grave insatisfacción por la manera en que se desarrolla la religión organizada¹⁶ han penetrado en las augustas esferas en las que las mujeres no pueden hablar, o si nuestro incorregiblemente idealista sexo ha comenzado, por fin, a tomarse en serio la advertencia del obispo Gore, "los hombres no valoran los servicios gratuitos",¹⁷ y a expresar la opinión de que unos ingresos de ciento cincuenta libras anuales -los más altos que la iglesia concede a las hijas de los hombres con educación, en concepto de diaconesas- no es suficiente, cualquiera que sea la razón, cualquiera que sea la causa, lo cierto es que la actitud de las hijas de los hombres con educación ha producido considerable preocupación. Y este experimento en la pasividad, sean cuales fueren nuestras opiniones acerca del valor de la iglesia anglicana como organización espiritual, es altamente alentador para nosotras, las *outsiders*. Porque parece demostrar que la pasividad equivale a la actividad, que también son útiles quienes se quedan fuera. Al hacer notar su ausencia, se hace deseable su presencia. La luz que lo anterior arroja sobre la fuerza de las *outsiders* en lo referente a abolir o modificar otras costumbres de las cuales desapruedan, como las cenas públicas, los discursos públicos, los banquetes del alcalde y otras ceremonias caducas, o bien el determinar si dichos actos y ceremonias son susceptibles a esa clase de presiones, no son más que preguntas, frívolas preguntas que quizá nos diviertan en nuestros momentos de ocio o quizás estimulen nuestra curiosidad. Pero no es éste el tema que tenemos por delante. Hemos procurado demostrarle, señor, al darle tres diferentes ejemplos de tres distintas clases de experimentos, que la Sociedad de las *Outsiders* existe y funciona. Si tiene en consideración que estos ejemplos han salido a la superficie periodística, reconocerá que indican la existencia de un muy superior número de experimentos privados y sumergidos de los que no hay noticia pública. Y también reconocerá que estos ejemplos son una demostración del modelo de sociedad anteriormente expuesto, y asimismo demuestran que no se trata de un esbozo visionario trazado arbitrariamente, sino basado en la existencia de una agrupación real que actúa, utilizando medios diversos, para alcanzar unos mismos fines, los mismos que usted, señor, se ha propuesto conseguir con su sociedad. Los observadores atentos, como el canónigo Barry, pueden, si lo de

sean, descubrir muchas más pruebas de la existencia de experimentos y no sólo en las vacías iglesias de Oxford. Incluso el señor Wells podría ser inducido a creer, si es que aplica su oreja al suelo, que se está produciendo un movimiento, en modo alguno imperceptible, entre las hijas de los hombres con educación, en contra de los fascistas y de los nazis. Pero es esencial que el movimiento no sea percibido siquiera por los observadores atentos y los novelistas famosos.

El secreto es esencial. Todavía debemos ocultar lo que hacemos y lo que pensamos, a pesar de que lo que hacemos y lo que pensamos promueve una causa común. No es difícil discernir, dadas ciertas circunstancias, la necesidad de tal secreto. Cuando los sueldos son bajos, como demuestra Whitaker, cuando es difícil conseguir y conservar empleos, como todos saben que lo es, resulta "por lo menos, una falta de tacto", como decía el periódico, criticar al amo. De todas maneras, en los distritos rurales, tal como usted seguramente sabrá, los trabajadores agrícolas no votarán por el Partido Laborista. Económicamente, la hija del hombre con educación se encuentra en un nivel muy parecido al del trabajador agrícola. Pero no parece necesario que perdamos el tiempo en buscar la razón que motiva el secreto del trabajador agrícola y el de la hija del hombre con educación. El temor constituye una poderosa razón; quienes dependen económicamente tienen buenas razones para sentir temor. No hace falta que procedamos a ulteriores averiguaciones. Pero, en este momento, quizás usted nos recuerde la existencia de cierta guinea y llame nuestra atención sobre el altivo alarde de que nuestra donación, a pesar de ser de poca cuantía, nos había permitido no sólo quemar cierta palabra corrupta, sino también hablar libremente, sin miedo ni adulación. Parece que este alarde contenía cierto elemento de jactancia. Parece que todavía queda cierto temor; cierto ancestral recuerdo que profetiza la guerra. Hay unos cuantos temas, todavía, que las personas con educación, cuando pertenecen a sexos diferentes, incluso si son económicamente independientes, ocultan, o solamente insinúan cautamente, y luego pasan de largo. Lo habrá observado en la vida real; lo habrá percibido en las biografías. Incluso cuando las personas antes dichas se reúnen en privado y hablan, tal como nosotros presumimos, de "política y de gente, de guerra y paz, de barbarie y civilización", lo hacen con evasivas y ocultaciones. Pero es tan importante acostumbrarnos a cumplir los deberes de la libre expresión, puesto

que sin libertad privada no puede haber libertad pública, que debemos poner al descubierto este miedo y enfrentarnos con él. ¿Cuál es, pues, la naturaleza de este miedo que todavía constituye la causa de que la ocultación sea necesaria entre gente con educación, y que reduce nuestra cacareada libertad a una farsa?... Una vez más, aquí tenemos los tres puntos suspensivos; una vez más representan un abismo, esta vez un abismo de silencio, de un silencio inspirado por el miedo. Y, como sea que carecemos de valor para explicarlo, así como de la habilidad precisa, pongamos entre nosotros el velo de San Pablo; en otras palabras, amparémonos detrás de un intérprete. Afortunadamente tenemos uno a nuestra disposición, con unas credenciales por encima de toda sospecha. Se trata, ni más ni menos, del folleto del que ya hemos citado palabras, o sea, el informe de la Comisión de Arzobispos sobre el Ministerio de las Mujeres, documento del más alto interés, por muchas razones. Porque no sólo arroja luz de científica y reveladora naturaleza sobre aquel miedo, sino que también nos ofrece la oportunidad de fijarnos en esa profesión que, por ser la más alta, puede ser considerada como el arquetipo de todas las profesiones sobre las cuales algo hemos dicho. Por lo tanto, nos perdonará usted si aquí hacemos una pausa para examinar con un poco de detalle dicho informe.

Nos parece, señor, al escuchar estas voces del pasado, que volvemos a contemplar la fotografía, el cuadro de los cadáveres y de las casas derruidas que el gobierno español muestra casi todas las semanas. Parece que los hechos se repiten. Las imágenes y las voces de hoy son las mismas que las de hace dos mil años.

Tal es, pues, la conclusión a que nuestro estudio de la naturaleza del miedo nos ha llevado, del miedo que prohíbe la libertad en la casa privada. Este miedo, a pesar de ser pequeño, insignificante y privado, está relacionado con el otro miedo, con el miedo público, que no es pequeño ni insignificante, el miedo que le ha inducido a usted a pedirnos que le ayudemos a evitar la guerra. De lo contrario no estaríamos contemplando otra vez la fotografía que nos ha llevado a sentir las mismas emociones al principio de esta carta. Usted las llamó "horror y repulsión"; nosotros las llamamos horror y repulsión. Y

así es por cuanto, a medida que esta carta ha avanzado, añadiendo hecho sobre hecho, otra imagen ha ocupado el primer término. Es la figura de un hombre; unos afirman, y otros niegan, que es el Hombre en sí mismo,` la quintaesencia de la virilidad, el tipo perfecto del que los otros son imperfectas reproducciones. Pero, ciertamente, es un hombre. Tiene ojos vidriados, sus ojos lanzan llamas. Su cuerpo, que se encuentra en postura forzada, está enfundado ajustadamente en un uniforme. Sobre el pecho de este uniforme van cosidas varias medallas y otros símbolos místicos. Tiene la mano sobre una espada. En alemán y en italiano se le llama *Führer* y *Duce*; en nuestro idioma, Tirano y Dictador. Y detrás de él yacen las casas derruidas y los cadáveres de hombres, mujeres y niños. Pero no hemos puesto esta imagen ante su vista con el fin de provocar una vez más la estéril emoción del odio. Por el contrario, lo hemos hecho para provocar otras emociones, las que la figura humana, incluso burdamente representada en una fotografía en colores, suscita en nosotras, que somos seres humanos. Sí, ya que insinúa una relación y, para nosotras, una relación importante. Insinúa que el mundo público y el mundo privado están inseparablemente relacionados, que las tiranías y las servidumbres de uno son las tiranías y las servidumbres del otro. Pero la figura humana, incluso en una fotografía, suscita otras emociones más complejas. Nos sugiere que no podemos disociarnos de esta figura, ya que nosotros somos esta figura. Nos sugiere que no somos espectadores pasivos condenados a obedecer sin resistencia, sino que, mediante nuestras ideas y nuestros actos, podemos cambiar esta figura. Un común interés nos une: estamos en un mismo mundo y en una misma vida. Es esencial que nos demos cuenta de esa unidad que los cadáveres y las casas derruidas demuestran. Porque tal será nuestra ruina si ustedes, en la inmensidad de sus abstracciones públicas, olvidan la figura privada, o si nosotras, en la intensidad de nuestras emociones privadas, olvidamos el mundo público. Ambas casas quedarán derruidas, la pública y la privada, la material y la espiritual, porque están inseparablemente relacionadas. Pero, teniendo ante nosotras su carta, hay razones de esperanza. Debido a que, al pedir nuestra ayuda, reconoce aquella relación; y, al leer sus palabras, recordamos otras relaciones mucho más profundas que los hechos superficiales. Incluso aquí, incluso ahora, su carta nos tienta a cerrar nuestros oídos a estos hechos menudos, a estos detalles triviales,

para escuchar, no el rugido de los cañones, no el clamor de los gramófonos, sino las voces de los poetas, contestándose las unas a las otras, convenciéndonos de la existencia de una unidad que borra todas las divisiones como si fueran sólo rayas de tiza; nos tienta a comentar con usted la capacidad del espíritu humano para superar límites y hacer la unidad de la multicplidad. Pero esto sería soñar, soñar el reiterado sueño que ha perseguido a la mente humana desde el inicio de los tiempos; el sueño de paz, el sueño de libertad. Pero, teniendo usted el sonido de los cañones en los oídos, no nos ha pedido que soñemos. No nos ha preguntado qué es la paz, nos ha preguntado cómo evitar la guerra. Dejemos que sean los poetas quienes nos digan qué es el sueño, y fijemos de nuevo la vista en la fotografía: el hecho.

Sea cual fuere el veredicto que los demás dicten en lo tocante al hombre de uniforme -y las opiniones difieren-, ahí está su carta para demostrar que, para usted, la fotografía es la fotografía del mal. Y por mucho que contemplemos la fotografía desde distintos ángulos, nuestra conclusión coincide con la suya: es el mal. Los dos estamos dispuestos a hacer cuanto podamos para destruir el mal representado en esta fotografía, usted mediante sus métodos, nosotras con los nuestros. Y como somos diferentes, nuestra ayuda ha de ser diferente. Hemos intentado expresar, no hace falta decir cuán imperfecta y superficialmente, cuál puede ser nuestra ayuda." A resultas de ello, la contestación a su pregunta ha de ser que la mejor manera en que podemos ayudarle a impedir la guerra no consiste en repetir sus palabras y en seguir sus métodos, sino en hallar nuevas palabras y crear nuevos métodos. La mejor manera en que podemos ayudarle a impedir la guerra no consiste en ingresar en su sociedad; sino en permanecer fuera de ella, aun cuando colaborando a sus fines. El fin es el mismo para ustedes y para nosotras. Estriba en reafirmar: "Los derechos de todos -hombres y mujeres- al respeto, en sus personas, de los grandes principios de la justicia, la Igualdad y la Libertad". Son innecesarias más explicaciones, ya que tenemos plena seguridad de que usted da a estas palabras la misma interpretación que nosotras les damos. Y las excusas sobran, por cuanto confiamos en que sabrá usted excusar las deficiencias que previmos y que con tanto abundamiento se advierten en esta carta.

Volvamos pues al formulario que nos ha enviado, con la petición de que lo rellenemos; por las razones que hemos dado, no lo firmare

mos. Pero, a fin de demostrarle de la forma más tangible que quepa que nuestros fines son los mismos que los suyos, ahí va la guinea, donación libre, libremente otorgada, sin otras condiciones que las que usted quiera imponer. Es la tercera de tres guineas, pero observará que las tres guineas, pese a haber sido dadas a tres diferentes tesoreros honorarios, han sido dadas para la misma causa, por cuanto se trata de causas idénticas e inseparables.

Y ahora, como el tiempo apremia, señor, permítame terminar. Tres veces pido disculpas, en primer lugar por la longitud de la carta, en segundo lugar por la pequeñez de mi contribución y en tercer lugar por el hecho de escribir, pura y simplemente. Sin embargo, de esto último tiene usted la culpa, por cuanto esta carta jamás habría sido escrita si usted no hubiera pedido contestación a la suya.

Notas

"Tocar el timbre de las casas y salir corriendo." Esta expresión ha sido creada con la finalidad de designar a aquellos que utilizan las palabras con el deseo de herir y, al mismo tiempo, no ser descubiertos. En una época de transición en la que muchas cualidades cambian de valor, se necesitan urgentemente nuevas expresiones que signifiquen nuevos valores. La vanidad, por ejemplo, que parece llevar a graves complicaciones de crueldad y tiranía, a juzgar por las pruebas que nos suministran algunos países extranjeros, todavía se denomina de manera que sólo tiene asociaciones triviales. El Diccionario de Oxford necesita un suplemento.

² *Memoir of Anne I. Clough*, de B. A. Clough, pp. 38 y 67. "El nido del gorrión", de William Wordsworth. La bendición de mis postreros años / Estaba conmigo desde que era muchacho: / Ella me dio ojos, ella me dio oídos; / Y humildes cuidados, y delicados temores; / Un corazón, fuente de dulces lágrimas; / Y amor, ideas, y alegría.

³ En el siglo XIX, las hijas de los hombres con educación llevaron a cabo una importante labor en lo referente a mejorar la clase trabajadora y lo hicieron por el único medio que tenían a su disposición. Pero ahora que algunas de ellas, por lo menos, han recibido una costosa educación, se puede afirmar que su trabajo será más eficaz si se quedan en su propia clase y utilizan los medios de esta clase para mejorar una clase muy necesitada de mejoría. Por otra parte, si las educadas renuncian, cual a menudo ocurre, a aquellas cualidades que la educación debe reportar - razonamiento, tolerancia, conocimiento- y juegan a pertenecer a la clase obrera y a defender su causa, lo único que hacen es poner a esta causa en situación de que sea ridiculizada por la clase educada y nada hacen para mejorar su propia clase. Pero el número de libros escritos por los educados acerca de la clase obrera parece indicar que el encanto de la clase obrera y el alivio emotivo que la adopción de su causa produce son actualmente tan irresistibles para la clase media cual lo era el encanto de la aristocracia, hace veinte años (véase *A la Recherche du Tenips Perdu*). Entretanto, sería interesante saber qué es lo que el auténtico obrero u obrera piensan de esos jóvenes aficionados, miembros de la clase educada, que adoptan la causa de la clase obrera, sin sacrificar el capital de la

clase media y sin compartir las experiencias de la clase obrera. Según la señora Murphy, Directora de Servicios Domésticos de la Asociación Británica de Gas Comercial: "Por término medio, el ama de casa fregaba un acre de plato sucios, limpiaba una milla de vidrio, lavaba tres millas de ropa y fregaba cinco millas de suelo, al año" (*Daily Telegraph*, 29 de septiembre de 1937.) Para conocer con más detalle la vida de la clase obrera, consúltese *Life as We Have Known It*, de la cooperativa de mujeres obreras, dirigido por Margaret Llewelyn Davies. *Life of Joseph Wright* también nos da un notable cuadro de la vida de la clase obrera, directamente y no a través de lentes pro-proletarios.

⁴ "Ayer el Ministerio de la Guerra comunicó que el Consejo del Ejército no tiene intención de abrir oficinas de reclutamiento de mujeres para formar unidades femeninas" (*The Times* 22 de octubre de 1937.) Esto pone de relieve una clara distinción entre los sexos. Las mujeres quedan obligadas al pacifismo. Los hombres todavía tienen libertad para elegir.

⁵ Sin embargo, la cita siguiente indica que el instinto de lucha, cuando es debidamente aprobado, se desarrolla con facilidad. "Con los ojos muy hundidos en las cuencas, afiladas las facciones, la amazona está muy erguida, los pies en los estribos, al frente de su escuadrón... Cinco parlamentarios ingleses contemplan a esta mujer con la respetuosa aunque un tanto inquieta admiración que se siente por un *fue* desconocida especie..."

- Acérquese, Amalia -ordena el comandante.

La mujer, a caballo, avanza hacia nosotros y saluda con el sable a su comandante, que sigue:

- Sargento Amalia Bonilla, ¿qué edad tiene? - Treinta y seis años.

- ¿Dónde nació?

- En Granada.

- ¿Por qué se alistó en el ejército?

- Mis dos hijas eran milicianas. La pequeña murió en el Alto de los Leones. Pensé que mi deber era sustituirla y vengarla. - ¿A cuántos enemigos ha dado muerte para vengarla? - Ya lo sabe, mi comandante, a cinco. El sexto no es seguro. - No lo es, pero le quitó el caballo.

La amazona Amalia monta, efectivamente, un magnífico caballo bayo, de reluciente capa, que bracea como un caballo de exhibición... Esta mujer, que ha matado a cinco hombres, y no está segura del sexto, fue, para los enviados de la Cámara de los Comunes, una excelente introductora a la guerra española." (*The Martyrdom of Madrid. Inedited Witnesses*, de Louis Delapré, Madrid, 1937, pp. 34-36.)

⁶ A modo de demostración, se ha intentado reunir las razones alegadas por varios ministros ante varios parlamentos, desde 1870, aproximadamente, hasta 1918, para oponerse a la concesión del voto a la mujer. En este aspecto, destaca el trabajo de la señora Olive Strachey (ver el capítulo titulado "The Deceitfulness of Politics", en su obra *The Cause*).

⁷ "Hemos conocido el estatuto civil y político de las mujeres ante la Liga solamente desde 1935". A juzgar por los informes remitidos con referencia a la situación de la mujer, en cuanto a esposa, madre y ama de casa, "se descubrió el lamentable hecho de que su situación económica en muchos países (incluyendo Inglaterra) era inestable. No tiene derecho a sueldo o remuneración y tiene deberes concretos que cumplir. En Inglaterra, incluso en el caso de que haya consagrado su vida entera al marido y a los hijos, el marido, por rico que sea, puede dejarla en la pobreza al morir y la viuda carece de medios jurídicos para reclamar. Debemos cambiar esta situación,

a través de las leyes..." (Declaración de Linda P. Littlejohn, publicada en *Listener*, 10 de noviembre de 1937.)

⁸ Esta particular definición de la tarea de la mujer no procede de fuente italiana, sino alemana. Tiene muchas versiones y todas ellas son tan parecidas que no vale la pena verificarlas por separado. Pero es curioso advertir con cuánta facilidad se encuentran en fuentes inglesas. Por ejemplo, el señor Gerhardt escribe: "Todavía no he cometido el error de considerar a las mujeres que escriben como verdaderas compañeras en el arte de la literatura. Prefiero gozar de ellas en cuanto auxiliares espirituales que, dotadas de fina sensibilidad receptiva, pueden ayudar a los pocos que padecemos la afección de tener talento a llevar con elegancia nuestra carga. Por lo tanto, su verdadera función es sostener la esponja, refrescarnos la frente, mientras sangramos. Y si su amable comprensión puede ser utilizada de más romántica manera, ¡cuánto se lo agradecemos!" (*Memoirs of a Polyglot*, de William Gerhardt, pp. 320-321). Esta idea de la función de la mujer coincide casi exactamente con la anteriormente citada.

v Dicho sea con más exactitud, "una gran placa de plata con la forma del águila del Reich... fue ideada por el presidente Hindenburg para premiar a los científicos y a otros civiles destacados... Esta placa no puede llevarse puesta. Por lo general, el premiado la coloca sobre su mesa escritorio" (Un diario, 21 de abril de 1936).

¹⁰ "Es frecuente ver cómo la muchacha que trabaja en oficinas se contenta, a la comida del mediodía, con un panecito o un sandwich; y aun cuando hay teorías según las cuales lo hacen porque quieren... la verdad es que, a menudo, no tienen dinero para comer lo suficiente" (*Careers and Openings for Minen*, de Ray Strachey, p. 74). Al mismo efecto, veamos lo que dice la señorita E. Turner: "...En muchas oficinas se han preguntado por qué las empleadas no llevaban a cabo su trabajo con tanta eficacia cual lo hacían anteriormente. Se averiguó que las mecanógrafas jóvenes estaban fatigadas por la tarde, debido a que sólo tenían el dinero suficiente para comer, a la hora del almuerzo, un sandwich y una manzana. Las empresas debieran aumentar los sueldos a tenor del aumento del coste de vida" (*The Tirares*, 28 de marzo de 1938).

¹¹ La alcaldesa de Woolwich (señora Kathleen Rance) en un discurso pronunciado en un festival de beneficencia, según información del *Evening Standard*, 20 de diciembre de 1937.

¹² Señorita E. R. Clarke, en *The Tirares*, 24 de septiembre de 1937. ¹³ *Daily Herald*, 15 de agosto de 1936.

¹⁴ Canónigo F. R. Barry, en la conferencia organizada por el Grupo Anglicano de Oxford, según información de *The Times*, 10 de enero de 1933.

¹⁵ *The Ministry of Minen. Report of the Archbishops Commission. VII. Secondary Schools and Universities*, p. 65.

¹⁶ "La señorita D. Carruthers, directora de la Green School, Isleworth, dijo que las alumnas mayores estaban 'gravemente descontentas' con la manera en que la religión organizada se desarrollaba. La señorita Carruthers dijo que las Iglesias 'no satisfacen las necesidades espirituales de las jóvenes; y esta deficiencia parece ser común a todas las Iglesias'" (*Sunday Tipples*, 21 de noviembre de 1937).

¹⁷ *Life of Charles Gore*, de G. L. Prestige, D. D., p. 353.

¹⁸ La naturaleza de la virilidad y la de la feminidad son definidas a menudo por los dos dictadores, el alemán y el italiano. Los dos han insistido reiteradamente en que luchar es propio de la naturaleza del hombre e incluso es lo esencial en la virilidad. Por ejemplo, Hitler efectúa una distinción entre "una nación de pacifistas y una nación de hombres". Los dos han repetido que es propio de la naturaleza de la mujer curar las heridas del guerrero. Sin embargo, existe un fuerte movimiento encaminado

a emancipar al hombre de la vieja "ley natural y eterna" que afirma que el hombre es esencialmente un luchador; para ello bastará fijarse en el aumento del pacifismo entre el sexo masculino. Comparemos la declaración de Lord Knebworth contenida en las palabras "si algún día se consiguiera la paz permanente y los ejércitos y las armas dejaran de existir, no habría cauce en el que verter las viriles cualidades que la lucha desarrolla" con la siguiente manifestación efectuada por otro hombre joven, perteneciente a la misma casta social, hace pocos meses: "...No es verdad que todos los muchachos ansien la guerra, en el fondo de su corazón. Ocurre que cierta gente nos enseña este sentimiento por el medio de darnos espadas y rifles, soldados y uniformes, con los que jugar" (*Conquest of the Past*, del príncipe Hubertus Loewenstein, p. 215). Es posible que los estados fascistas, al obligar a la joven generación masculina a pensar en la necesidad de liberarse de la vieja concepción de virilidad, hagan, en beneficio del sexo masculino, lo que las guerras de Crimea y la europea hicieron en beneficio de sus hermanas. Sin embargo, el profesor Huxley nos advierte que "toda alteración considerable de la constitución hereditaria es cuestión de miles de años, no de décadas". Por otra parte, como la ciencia también nos asegura que nuestra permanencia en la tierra es "cuestión de millares de años, y no de décadas", bien vale la pena intentar ciertas alteraciones en la constitución hereditaria.

¹⁹ Sin embargo, Coleridge expresa las opiniones y finalidades de las *outsiders* con cierta precisión, en el siguiente párrafo: "El Hombre ha de ser libre ya que, de lo contrario, ¿por qué fue creado como Espíritu de Razón y no como Máquina de Instinto? El Hombre debe obedecer; de lo contrario, ¿por qué tiene conciencia? Las fuerzas que crean esa dificultad llevan en sí mismas la solución; por cuanto su servicio es la perfecta libertad. Y, cuando una ley o un sistema de leyes imponen cualquier otro servicio, menguan la nobleza de nuestra naturaleza, se alían con los animales en lucha con lo divino, matan en nosotros el gozoso instinto de hacer el bien y se enfrentan con la humanidad.

...En consecuencia, para que la sociedad esté bajo una justa constitución de gobierno, una constitución que imponga a los Seres Racionales una verdadera y moral obligación de obedecer, la constitución debe estar basada en unos principios tales que cada individuo siga su propia Razón, al obedecer las leyes de la constitución, y cumpla la voluntad del Estado, al seguir los dictados de su propia Razón. Así lo afirma expresamente Rousseau, quien plantea el problema de la perfecta constitución de gobierno mediante las siguientes palabras: *Trouver une forme d'Association, par laquelle*

chacun s'unissant a tous, n'obeisse pourtant qu'à lui urénre, et reste aussi libre qu'au paravant (Encontrar una forma de sociedad en cuyos méritos cada cual, al unirse a todos los demás, no obedecerá a nadie más que a sí mismo, quedando tan libre como antes.) (*The Friend*, de S. T. Coleridge, vol. t, pp. 333-335, edición de 1818). A lo cual cabe añadir las siguientes palabras de Walt Whitman: "De Igualdad, cual si me dañara dar a los demás las mismas oportunidades y derechos que yo tengo, como si no fuera indispensable a mis derechos que los demás los tuvieran iguales".

Y, por fin, vale la pena considerar las palabras de una novelista medio olvidada, George Sand: "*Toutes les existences sont solidaires les unes des autres, et tout être humain qui présenterait la sienne isolément, sans la rattacher a celle de ses semblables, n'offrirait qu'une énigme a débrouiller... Cette individualité n'a par elle seule ni signification ni importance aucune. Elle ne prend un sens quelconque qu'en devenant une parcelle de la vie générale, en se fondant avec l'individualité de chacun de roes semblables, et c'est par là qu'elle devient de l'histoire*" (*Histoire de ma vie*, de George Sand, pp. 240-241).